

pero antes de llegar á ella cayó otra vez sin conocimiento.

La mujer y Zimbo lo colocaron de nuevo en la cama, y á fin de que no procurase una vez más hacer alarde de fuerzas, ella resolvió curar la herida antes que recobrar otra vez el sentido.

Quitóle en efecto los calzones, lavó la herida con agua fresca y después aplicó encima una compresa de agua fenical.

— Pobre muchacho, decía mientras ejecutaba las operaciones necesarias, vaya una herida. ¡Qué malos son esos avestruces! No es posible hallar nada más traidor. Infeliz del que se fía de ellos: durante cierto tiempo parecen suaves de condición y al fin un día se arrojan sobre las personas sin que se sepa por qué. La semana última uno de ellos le abrió el vientre á un café cerca de aquí, de una sola patada. Ya, ya, marcharse; tu amigo va á tener mucha calentura, añadió dirigiéndose al negrillo, y lo primero que necesita es descansar.

En este momento dió el reloj las nueve. El ruido de las campanadas sacó á Miguel de su letargo.

Las nueve, dijo; el barco se pone en marcha...

— Espero, contestó la hostelera, que no querrá V. volver á levantarse.

— ¡En marcha!... ¿Qué va á ser de nosotros? ¡Mi dinero!.....

No pudo decir más, pues le atacó nuevo síncope.

— Dejémosle, añadió la dueña de la posada, á la vez que colocaba en torno suyo un *mosquitero* para defenderlo contra los insectos. Después de todo, este muchacho me parece dotado de robusta constitución, y quizás cure en poco tiempo.

LIV. — VACILACIONES.

Á la semana siguiente, Miguel estaba en pie completamente curado; pero la *Turena* había salido, y el joven quedábase sin recursos ni protectores en un país desconocido. ¿Cómo pensar ahora en volver á Francia? Ya no le quedaba más recurso que ver si querían tomarlos, á él y á Zimbo en un buque donde pagaran su pasaje trabajando en las maniobras.

Por fortuna el Sr. Berton le había entregado antes de su partida, á más de los seiscientos pesos, cierta cantidad para que pagase su fonda sin tener que descabalar aquéllos. Este dinero había servido á los dos amigos para vivir hasta entonces, pero ya se estaba acabando, y se hacía necesario tomar un partido. Miguel se dirigió, pués, al puerto á fin de buscar algo.

Á lo largo de los muelles estaban amarrados unos grandes y hermosos navíos, en su mayor parte ingleses ó norte-americanos. En los que iban á tocar en Francia no quedaba ningún puesto libre; las tripulaciones estaban completas.

Al día siguiente continuó buscando; pero con tan escaso éxito como la víspera.

El tercer día, cuando paseaba melancólicamente por los muelles, vió un hombre de color muy encendido y grandes patillas negras, que echaba una reprimenda á media docena de cafres, los cuales transportaban varias cajas, poco á poco, y cargando lo menos posible, desde un almacén del puerto á un pequeño barco amarrado un poco más lejos. Tres ó cuatro negros dormían profundamente á la sombra, á escasa distancia de allí.

— Pero, holgazanes, decía el hombre, mañana

muy temprano nos haremos á la vela para *Nossi-bé*; ya lo saben Vds., y sin embargo andan con esa calma. ¡Qué habíamos de acabar á tiempo! pero por el santo de mi nombre y por el de mi padre, que era Trécœur, que me corten las orejas si pago un céntimo como no esté todo embarcado.

Esto lo decía medio en inglés, medio en francés y con grandes gestos y exclamaciones.

Es posible que los cafres no comprendieran bien esas palabras, aunque sí se daban cuenta del tono con que eran pronunciadas; pero ni gritos, ni amenazas, ni maldiciones les hacían andar más de prisa.

El hombre seguía:

— ¿No podían esperar para emborracharse á que estuviéramos en *Nossi-bé*. Allí me hubiera importado un ardite la cosa; pero vaya V. á impedir que un cafre se gaste en aguardiente todo cuanto gana.

Miguel no había perdido ni una siquiera de las palabras del marino. Aquel barco salía para *Nossi-bé* que era, según recordaba perfectamente, una pequeña colonia francesa, situada al norte de la isla de *Madagascar*. Una vez allí, pensaba nuestro argelino, no debe ser difícil embarcarse para Francia; en todo caso, al fin se vería en una posesión de su patria. Así pues, se acercó al marino.

— Señor capitán, le dijo ¿podríamos Zimbo y yo serle útiles? ¿Quiere V. que ayudemos á cargar?

— ¡Cómo, exclamó el otro, un compatriota! Esto no se encuentra por aquí todos los días. Sí, hombre, acepto; á ver si tú y ese negrilla pueden ayudarme á salir del paso.

Miguel no esperó el fin de la frase para quitarse su chaqueta y en compañía de Zimbo se dirigió hacia una tartana cargada de sacos de trigo, que un hombre descargaba. Un instante después atravesaba

la pasadera tendida entre el muelle y la cubierta del buque, con uno de ellos á cuesta.

Ambos amigos trabajaron con gran ardor hasta embarcar todo el contenido de la tartana, parándose sólo de tiempo en tiempo para enjugar el sudor que inundaba sus frentes.

Al caer de la tarde, cuando el francés pagó su jornal á Miguel, éste le manifestó la situación en que se encontraba y su deseo.

— ¿Llevarte á Madagascar? ¡Si tengo completa mi gente! La *Canebière* (pues mi barco se llama como el más hermoso barrio de mi patria, que es Marsella) no es un buque de alto bordo y la manobra exige pocos brazos. Con la docena de cafres que contrato aquí tengo todo lo necesario. Además... además... me temo que no puedas servirme, pues el trabajo para que te propones exige mucha fuerza.

— Soy muy robusto, y Zimbo también, dijo Miguel.

— Robustos ó no, lo cierto es que tienen ambos buena voluntad; por esto quisiera servirles, y además porque no me gusta dejar en un apuro á mis compatriotas, sobre todo en países tan apartados. Bueno, vénganse mañana, y si alguno de esos borrachos no se presenta, como es probable, los llevaré conmigo.

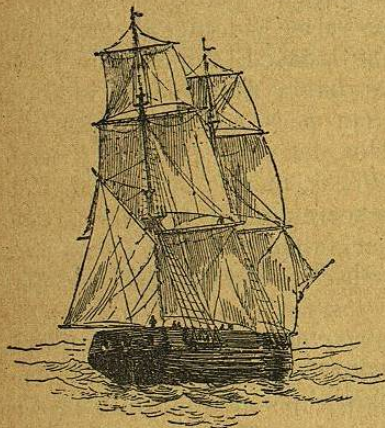
Miguel se retiró haciendo votos porque la taberna ejerciera sobre los cafres su atractivo acostumbrado.

LV. — EN LA « CANEBIÈRE. »

Al día siguiente, al salir el Sol, Miguel y Zimbo estaban en el muelle. La *Canebière* hacía ya sus preparativos de marcha, y los negros corrían ágilmente por los aparejos, mientras que el Sr. Trécœur

recorría la cubierta con paso agitado, mirando hacia los alrededores del puerto.

— Vengan pronto, gritó así que aparecieron nuestros amigos. Me faltan dos negros de los que tenía contratados. Ya me lo figuraba, pues ambos bebieron ayer tanto que en todo el día no van á poder tenerse en pie. Vds. no son grandes, pero ayer los vi trabajar y creo que me servirán. ¿Dónde tienen sus bagajes?



La « Canebière ».

— Aquí están, contestó Miguel enseñando un pequeño paquete y la escopeta que le sirvió en el viaje con el Sr. Berton y que éste le había regalado al separarse.

— Bien, replicó filosóficamente el marino; si naufragamos no perderán gran cosa.

Unas horas más tarde, la *Canebière* salía de la rada de Port-Elisabeth y entraba en el Océano Índico.

Cuando el barco estuvo en alta mar, la maniobra no exigía tan sostenida atención por parte del capitán; éste aprovechó los momentos que le quedaban libres para hacer que Miguel le refiriese sus aventuras.

El relato interesó mucho al marsellés; así fué que prometió al joven recomendarlo bien á varios negociantes establecidos en Nossi-bé ó en sus cercanías, y procurarle un pronto regreso á Francia; después, como era un tanto decidor, refirió á su nuevo amigo detalles de su vida; era, según se

sabe, de Marsella y hacía cuatro años que se encontraba establecido en Nossi-bé como comerciante; la mayor parte de sus negocios los hacía con la colonia del Cabo.

— *Madagascar*, dijo á Miguel, es como probablemente sabes, una gran isla situada en la costa Oriental de África. Del continente la separa el canal de Mozambique. Los franceses poseen en las costas é islas que la rodean, varias colonias menores, algunas de ellas muy antiguas. El dominio de Francia sobre Madagascar había sido reconocido por todas las potencias europeas, así como por una parte de los reyezuelos del país, cuando en 1828, *Radama*, jefe de los *Hovas*, una de las tribus de la isla, á quien apoyaba secretamente Inglaterra, conquistó todo Madagascar, fundó la capital *Tananariva* y arrojó hacia el sur las restantes tribus y entre ellas los *Sakalavas*. Éstos reclamaron la protección francesa contra los *Hovas*, que seguían siendo apoyados por los misioneros ingleses. Entonces el gobierno francés mandó á esos parajes al almirante *Pierre*, quien bombardeó varios puertos, se apoderó de *Tamatava*, la segunda población de la isla, é hizo retroceder á los *Hovas*. Desde entonces ocupan los franceses varios puntos estratégicos importantes al norte de la isla y en torno de la magnífica bahía de *Diego Suárez*. También se firmó un tratado según el cual Francia ejerce su *protectorado* sobre la isla entera, no obstante que la soberana de los *Hovas* se titula reina de Madagascar.

El clima de la isla es pernicioso en el litoral; pero algo mejor tierra adentro. Hay magníficas praderas en que se cría ganado abundante. Los bosques contienen maderas preciosas; y además la isla produce tabaco, añil, cacao y todas las plantas de las regiones tropicales.

LVI. — EN EL OCÉANO AUSTRAL.

La *Canebière* hacía vela hacia el nordeste para entrar en el *canal de Mozambique*, que separa el África de Madagascar, impulsada por viento favorable que permitía á la tripulación cruzarse de brazos. El tiempo era magnífico: los *pilotos*, los *dorados* y los *delfines* retozaban en la estela del buque; los peces *voladores* describen sobre la superficie del agua mil curvas diversas. Á veces sale un momento del agua una cabeza armada de mandíbulas formidables. Es un tiburón que sigue al barco con la esperanza de que caerá algo de él, quizás un hombre. Todos los peces huyen al verlo; pero el monstruo los alcanza y se traga algunos continuamente, hasta diez ó doce á la vez.

En torno de los mástiles, las *gaviotas*, las *aves de San Pedro* describían círculos análogos á los que trazan las golondrinas alrededor de los campanarios, al caer de una hermosa tarde. El albatros se cierne más alto aún y su blanco y plateado plumaje resplandece al recibir los rayos del Sol. De noche, una vez que el gran astro se pone, iluminan el mar reflejos fosforescentes.

El *delfin* es un cetáceo, esto es, un animal parecido á un pez y análogo á la ballena. Se le encuentra en todos los mares, siguiendo la estela de los navios para recoger los restos que caen de ellos.

Peces voladores ó dactilópteros. — Peces cuyas aletas natatorias *pectorales* tienen tal desarrollo, que pueden servir de alas, lo cual les permite lanzarse fuera del agua cuando se ven perseguidos.

Gaviotas y aves de San Pedro. — Aves marinas que anidan en las rocas de las orillas. Son animales tímidos, voraces y chillones que habitan en todas las latitudes formando bandadas innumerables y que se alimentan con peces, gusanos, moluscos, y en general toda clase de carnes vivas ó putrefactas. Á veces penetran mar á dentro distancias considerables. Su carne es dura y de mal gusto.

Las gaviotas grandes se llaman también *goelands*. Las aves de San Pedro, que reciben este nombre porque pueden andar sobre el agua, se denominan igualmente *petreles*. Las gaviotas son los *buitres de los mares* por su voracidad. Vuelan constantemente encima de las olas, aun durante las más violentas tempestades.

La *Canebière* continuaba costearo el continente, había dejado atrás Natal, y pasaba frente al país de los *zulús* ó *Zululandia* cuando el tiempo cambió súbitamente. Las olas, que antes ostentaban majestuosa calma, se abrían para formar verdes y profundas cañadas en que el barco desaparecía por momentos todo entero; después, llegaba otra que lo elevaba hasta su cresta coronada de espuma. Ciérnese un instante sobre las mares furibundas, baja al abismo con rapidez que espanta y vuelve á subir. Diríase que las ondas quieren devorarlo y el casco rechina y gime como si fuera á deshacerse. El ruido del viento cubre la voz del capitán casi enteramente. Los marineros lo oyen apenas cuando están en lo alto de las vergas *cogiendo rizo*, esto es, plegando las velas para que el huracán tenga menos campo en que ejercer su acción.

El Sr. Trécœur conserva su sangre fría, pues las ha visto mucho peores en esos mares donde sobrevienen á veces horribles tempestades. Sin embargo, no tarda en darse cuenta de que aquélla era más violenta que cuantas había corrido hasta entonces. El cielo, bajo y ceniciento,



Pez volador.



Gaviota.

está cubierto de grandes nubes negras que cierran el horizonte. Las olas de veinte metros de alto, parecidas á muros movedizos, precipitan al barco en sus profundidades cada vez con mayor rapidez y de modo más desordenado. Es imposible permanecer en la cubierta, que el mar barre completamente llevándose cuanto encuentra á su paso.

Sólo dos hombres, Trécœur y uno de los negros están en el timón, sólidamente atados, luchando para mantener el barco á flote. Á esto se reduce su ambición, pues no hay manera de hacerle conservar su rumbo; precisamente el viento sopla del noroeste, y la *Canebière* recorre al revés, con velocidad vertiginosa que crece por momentos, el camino hecho durante los tres días anteriores

LVII. — ¡NOS VAMOS Á PIQUE!

Llegó la noche sin que se hubiese calmado la tormenta y cuando amaneció el día siguiente, continuaba el mar presentando aspecto terrorífico. Sin embargo, poco á poco sobrevino cierta calma; y la tripulación de la *Canebière* pudo entonces creer que había desaparecido el peligro.

Trécœur bajó á la bodega para ver cómo estaba el barco, pero no tardó en volver sobre cubierta lleno de agitación.

— Nos vamos á pique, dijo: Tenemos un boquete y el barco hace agua. No sé cómo se ha producido ni es hora de averiguarlo. ¡Á las bombas!

Unos minutos después funcionaban éstas; pero Trécœur vió que todo era inútil. El agujero era mayor de lo que al principio creyera y cuanto podían hacer sus diez hombres era mantener el mismo nivel de agua. Nuestro marsellés no vaciló. Debían hallarse entonces á poco más de dos días de la costa;

por consiguiente, la prudencia ordenaba que se abandonara la goleta á su destino para preocuparse de salvar á sus tripulantes. Así fué que dejó cinco hombres en las bombas y mandó que los otros prepararan la lancha.

Cuando la pequeña embarcación estuvo preparada, hacia ya noche; pero si bien era arriesgado lanzarse al mar en tan pequeño esquiife sin tener para guiarse la luz del día, mayor peligro había en no abandonar un barco que podía irse á pique de un momento á otro. Así fué que el capitán dió orden para el embarque. La lancha llevaba víveres para varios días pues Trécœur no sabía á ciencia cierta cuántos serían necesarios para tomar tierra.

Los negros, Miguel y Zimbo entraron en la lancha que las olas todavía agitadas sacudían con violencias y Trécœur, que como buen capitán debía ser el último, se disponía á hacerlo á su vez, cuando recordó que había olvidado sus libros, en que refería diariamente las peripecias del viaje y que probaba que el naufragio no se debía á su negligencia ó descuido sino al furor de los elementos.

Bajó, pues, á su camarote para recogerlos.

Mas cuando al cabo de un instante volvió, la lancha estaba lejos.

LVIII. — PRIMERO LOS NEGROS.

En el momento en que la lancha, rompiendo sus amarras, había sido arrancada por las olas del costado de la *Canebière*, Miguel lanzó un grito de espanto. ¿Qué iba á ser del capitán, solo y abandonado en aquel buque que se iba á pique? El pobre joven no pensaba en que la situación de sus compañeros y la suya propia no era más brillante. En efecto, el mar estaba aún muy agitado; la lancha

bailaba sobre las olas como una cáscara de nuez y la situación era peligrosísima. Los marineros habían navegado ya todos; pero ninguno tenía experiencia suficiente para guiarse en el mar. Así es que el accidente que los privaba del capitán era grave para ellos, porque los privaba de la ciencia de un buen marino, con cuya asistencia habrían podido intentar una empresa que ahora se hacía más aventurada. Todas las tentativas realizadas para acercarse de nuevo á la *Canebière* fueron infructuosas.

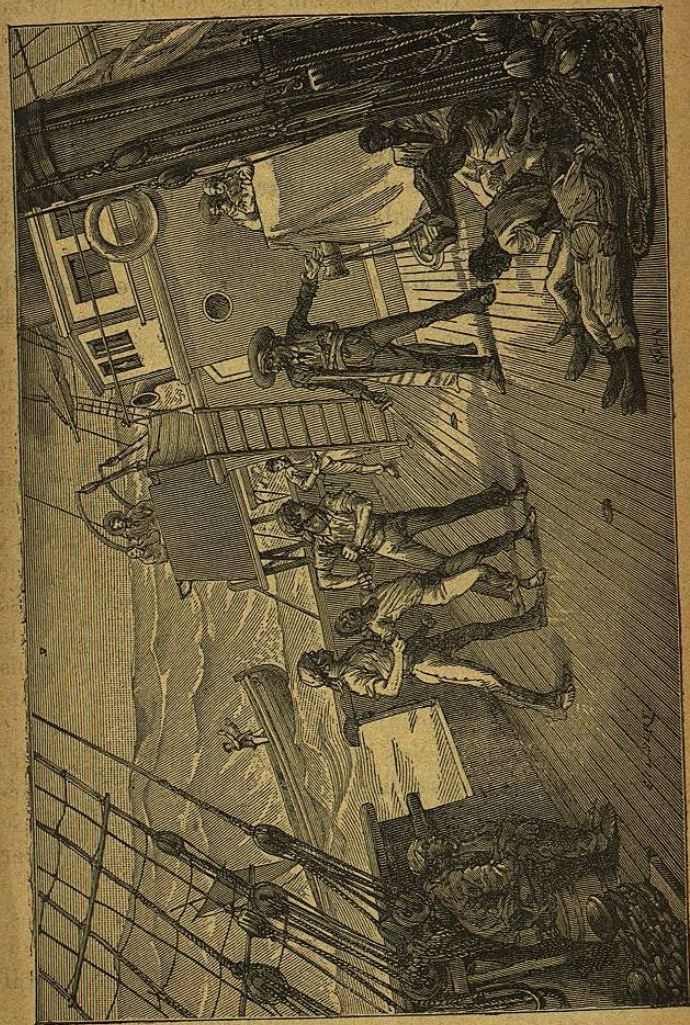
Por lo demás, así que pasó el primer momento de espanto, los negros se tendieron en la cubierta de la lancha con la despreocupación propia de su raza, y no tardaron en dormirse como si tal cosa, dejando que el esquife fuera por donde al viento le diera la gana.

Miguel cogió entonces el timón para procurar visitar el punto en que debía encontrarse la *Canebière*; pero no obstante la Luna que había salido y que iluminaba gran extensión del mar, no distinguió ni la más mínima vela. « Se ha ido á pique », pensó con terror, y lleno de amargura el corazón puso la proa al noroeste donde según su idea y lo que había oído decir al capitán, tenía que hallarse el continente africano.

Cuando los negros se despertaron al día siguiente, lo primero que hicieron fué abrir un barril de aguardiente. Trécœur les había distribuído siempre ese líquido con prudente parsimonia; ahora iban á beber sin tasa.

El efecto fué rápido. Al cabo de pocos instantes, unos rodaban por la cubierta completamente ebrios y otros brincaban y saltaban de tal modo que la frágil embarcación corría por momentos grave peligro.

Entretanto, Miguel seguía en el timón, puesto que nadie le disputaba, en compañía de Zimbo.



No tardó en distinguir un penacho de humo que se dibujaba en el horizonte. Cogió el anteojo de larga vista que Trécœur había tenido la precaución de embarcar en la lancha y subió al mástil, no tardando en bajar. Inmediatamente echó las velas hasta entonces arrolladas, con ayuda de Zimbo, que le ayudaba instintivamente sin preguntarse la razón de las cosas; los rayos del Sol iluminaron la lona dándole brillantes reflejos de alas de albatros.

El penacho de humo se hacía más denso, y todo los compañeros de Miguel habrían podido verlo si se los hubiera permitido el aguardiente.

Pronto apareció una chimenea, luego el casco de un barco de vapor, y Miguel tuvo la satisfacción de verlo hacer rumbo hacia donde él estaba.

Habían visto la lancha.

¿ El barco avanzaba efectivamente en aquel sentido para socorrerlos, ó seguía sencillamente su rumbo?

Miguel creyó un instante que iba á pasar sin socorrerlos; pero de pronto el vapor pareció cambiar de idea y echó hacia donde estaban los naufragos.

El joven lanzó un suspiro de satisfacción al ver que el barco se acercaba.

Quince minutos después estaban al habla.

— ¿ Quiénes son Vds? preguntó en mal inglés un hombre de siniestra figura que se presentó en la toldilla.

Miguel lo enteró de la situación en pocas palabras.

— Está bien, contestó el hombre, que dió órdenes á sus tripulantes.

En seguida lanzaron desde el barco una escala de cuerda.

— Primero los negros, dijo.

Miguel se había apresurado á despertar á los cafres que dormían; éstos lograron llegar al buque ayudán-

dose unos á otros. Ya no quedaban en la lancha sino Zimbo y Miguel. El argelino, obedeciendo la consigna sin darse cuenta de ella, hizo pasar delante de sí al negrito y ya se disponía á seguirlo, cuando tiraron de la escala con una carcajada feroz. Miguel no había vuelto aún de su sorpresa, cuando ya el vapor se alejaba, llevándose á Zimbo, que lloraba y gritaba con desesperación agitando los brazos como para decir adiós á su amigo.

LIX. — SOLO EN EL MAR.

Miguel quedaba, pues, en la más cruel y triste de las situaciones, abandonado sobre el inmenso Océano, en una embarcación tan frágil que una pequeña ola podía sumergirla en un minuto, sin ningún medio de dirigirla. ¿ Qué iba á ser de él? Por sí solo no podía pensar en gobernar la barca. Además ¿ qué sacaría con esto, no sabiendo ni dónde estaba ni de qué punto de la tierra se hallaba más cerca? El viento lo impulsaba hacia el este y la vela que echara con ayuda de Zimbo para llamar la atención del buque negrero, estaba orientada de modo que la acción de la brisa era mayor.

Ahora bien, en la idea de Miguel, África estaba al oeste; por tanto, creía alejarse de ella cada vez más. No pudiendo hacer otra cosa, resolvió abandonarse á su estrella, conservando en el fondo del corazón la esperanza de que quizás tropezaría con algún otro barco cuyo capitán y tripulantes fueran menos inhumanos que los que acababa de encontrar.

Por fortuna tenía víveres en abundancia y ropa que mudarse: la del capitán. Y aunque era demasiado grande para él, debía servirle de mucho pues la temperatura había cambiado completamente. Nuestro amigo no lo hubiera extrañado si hubiese

sabido que la tempestad impulsó á la *Canebière* centenares de leguas al sur, llevándola hasta lo que constituye en el hemisferio austral la región del frío.

El pobre muchacho pasó una parte del día en lo alto del mástil, sondeando el horizonte con ansiosa mirada. Al día siguiente hizo lo mismo desde que amaneció, procurando ver si no se mostraba á lo lejos alguna vela ó chimenea. Sólo bajaba un instante de su ob-



Solo en el mar.

servatorio cuando no podía sostenerse allí más; pero descansaba y volvía á él.

De este modo transcurrieron un día, dos, tres, una semana; pero nada, siempre la soledad. Entonces el infeliz joven, harto de esperar en vano, perdió ánimo, y se echó en el fondo de la lancha, no levantándose más

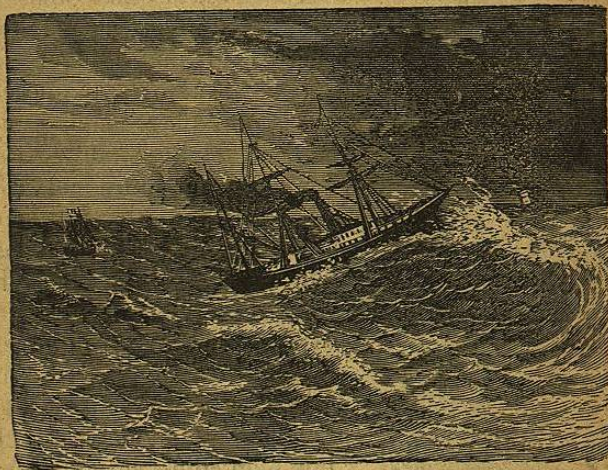
que para comer tristemente algún pedazo de bizcocho. « Llegará un día, exclamaba, en que todo esto se habrá consumido ó no servirá y tendré que morir, morir de hambre. »

Por espacio de veinticinco días permaneció en este estado de abatimiento próximo á la desesperación y que su terrible situación explicaba.

Ya hiciera resplandecer el Sol la cresta de las olas ó brillaran las estrellas sobre su cabeza, ya derramara el cielo torrentes de lluvia ó extendiese su azul manto, Miguel permanecía en el fondo de la barca, insensible á todo, envuelto en una gruesa

manta y sin sentir frío ni calor. ¡ Qué le importaba todo eso, si ya no esperaba socorro !

Un día, al levantarse para ir al sitio donde estaban las provisiones, distinguió, lo mismo que la primera vez, una ligera nube negra destacándose sobre el azul del firmamento. En un segundo subió á lo alto del mástil á pesar de su debilidad, sin perder de vista el ligero vapor que representaba su salvación y se



El Darling.

esforzó en llamar la atención á fuerza de gestos y de gritos.

Después de largo rato de angustia y de esperanza, Miguel adquirió la convicción de que lo habían visto. En efecto, un bote se separó del barco y se dirigió en busca suya.

Fácil es adivinar con qué transportes de alegría acogió á sus salvadores: poco después se encontraba en la cubierta del *Darling*, barco inglés, cuyo nombre significa *Amado entrañablemente* y tanto el capitán

como los tripulantes y pasajeros lo rodearon con gran interés.

LX. — NUEVOS AMIGOS.

Así que Miguel estuvo un poco repuesto de sus emociones, le pidieron que relatase sus aventuras: cuando se supo que hacía un mes que estaba solo en el mar en una lancha, el interés ya grande aumentó más aún y entre los pasajeros hubo verdadera explosión de simpatía; varias personas le propusieron emplearlo.



Caña dulce.

Uno de los más solícitos fué un señor de cincuenta años poco más ó menos, de aspecto vivo é inteligente, en quien Miguel creyó reconocer un compatriota suyo, por más que hablaba inglés tan bien como el capitán y los restantes pasajeros.

No se engañaba. El Sr. Lebel vivía en la isla de la *Reunión*, colonia francesa, una de las *Mascareñas*, y comerciaba en lanas con Australia.

La cara de este comerciante agradó mucho á Miguel: así fué que se consideró muy dichoso cuando el Sr. Lebel le propuso que lo acompañase una temporada.

Islas Mascareñas. — Grupo de islas situado en el *Océano Índico*; las principales son la *Reunión*, llamada *Borbón* en otra época y la isla *Mauricio*, cuyo primitivo nombre era *isla de Francia*. La

Reunión pertenece todavía á esta nación; pero *Mauricio* ha pasado á poder de los ingleses.

La *Reunión* produce en abundancia *caña dulce*, *cacao*, *vainilla* y todas las plantas tropicales.

El café de esta isla se llama todavía en el comercio *café Borbón*. **Caña dulce.** — Caña que llega á tener hasta más de dos veces la altura de un hombre, y que contiene en abundancia una materia dulce con que se fabrica azúcar.

Así que maduran las cañas, las cortan y las llevan al molino, donde se las machaca y se las reduce á papilla. Esta pasta se hierva cinco veces seguida en vasos diferentes, con cierta cantidad de cal para que pierda su acidez. El producto es lo que se llama azúcar terciado; para blanquearlo se le somete á diferentes operaciones que constituyen el *refinado*.

La caña dulce sirve también para fabricar *rom*.

Esta planta es oriunda de la India, pero hoy la cultivan en todos los países cálidos, sobre todo en la isla *Borbón* y en las Antillas, donde constituye rama importantísima de la riqueza.



Cook.

El continente llamado hoy *Australia* es quince veces mayor que Francia. Primero se le denominó *Nueva Holanda*, por ser de este país de Europa los marinos que

lo descubrieron hace cerca de tres siglos. Sin embargo, ningún hombre civilizado se había establecido allí cuando en 1770 visitó Cook una bahía de la costa oriental que llamó *Botany-Bay*, por causa de la profusión de flores que observó en ella, y tomó posesión del país en representación de la Gran Bretaña.

Unos años más tarde, el gobierno inglés fundó al norte de esa bahía un *presidio*, es decir, un depósito de condenados, ladrones y asesinos que la madre patria quería expulsar de su seno.

Poco á poco, muchos habitantes de la metrópoli, que no podían ganarse la vida en su país natal, fueron también á establecerse en Australia y edifi-